

Mariano Latorre

La muerte del Pampa viejo

PRIMAVERA EN LA SELVA



PARTIAN ya el incesante rodar de las nubes, grandes senos azules, inundados de luz.

Los brotes nuevos se kinchaban en el esqueleto ceniciento de robles y raulíes y los coigües oscuros habían sacudido el polvo de escarcha adherido a su recia ramazón.

Permanecía la selva inerte y rígida, como si no se hubiera percatado del arribo de una nueva primavera. Pero sí los pájaros. Se movían ruidosas sus alas y en sus gargantas maduraban los trinos como frutos tempranos.

Nuevamente estaba limpio el cristal del aire y los arroyos, los miles de arroyos de la tierra austral, libres ya de sus grillos de hielo, lo salpicaban de claras notas de agua corriente.

En el seno del bosque, el viejo toro sintió, también, la primavera en un tibio removerse de su sangre espe-

sa. Chapoteando en los charcos, quebrando cadáveres de hojas, abandonó su refugio de ramas y de quilas y ascendió el barroso declive de la colina. Se detuvo un instante en el filo de la loma, plataforma que dominaba el óvalo del valle. Sus ojos, dos bolas brillantes y duras, abarcaron el paisaje que se extendía hacia la cuna del sol, tras las cordilleras nevadas. Sabanas verdeantes, cerradas por cerros azules y por el muro negro de la selva virgen. Y era de un bárbaro vigor, la marcha roja de su cuerpo, cortando el varillaje de los palos quemados. Su ancha frente se encrespaba en los vellones. Sobre las orejas movibles, sobresalían dos cuernos, cortos y potentes.

La clara luz de una tarde, limpia de nubes, pero empapada aún de humedad, precisaba los contornos del rincón de montaña, antigua selva destruída por el fuego.

En la hondonada crecía el pasto nuevo con punjante lujuria. Marea ondulante de verdura que cubría los troncos caídos, las enormes champas, erizadas de raíces o inundaba, a veces, los tocones carbonizados, restos de árboles desaparecidos.

Semejaban rojos islotes en el verde remanso del pastizal las vacas, vaquillones y novillos del rebaño

Rey y señor, señor y rey de grasosa carrillada, de ese pueblo de rectos lomos y blancas cabezas, era el viejo toro Pampa. Allí estaban sus hijos y sus nietos y todos, sin excepción, heredaron el rojo sangre y el rectilíneo perfil de la raza Hereford, venida de la

pampa argentina, de ahí su nombre criollo, a través de las cordilleras y de las selvas chilenas.

Pero de la pampa lejana y de su horizonte sin límites, no quedaba nada ni el rebaño ni el toro. Al cabo del tiempo, se compenetraron con las húmedas selvas del sur de Chile, traspasadas de lluvias y con la nieve y con el viento.

Esas mil hectáreas, limitadas por cercas de palo a pique, coigües derribados y hasta alambres de púa, formaban, ahora, su nueva patria.

Cada cierto tiempo, venía el pampero, contaba las reses, revisaba las cercas y volvía a su puebla, a una legua del potrero.

El toro, el Pampa viejo, así llamado, porque en otro potrero del fundo había un hijo suyo, el Pampa nuevo, era el único del rebaño que nació en el Neuquén. Podía ser el único, también, que recordase el oasis del maullín en el pardo desierto de la pampa. Y sería el único que, en el fondo de su memoria, guardase el paso medroso de las martinetas y el reptar de los pichis entre las raíces de los coirones.

Ahora, era el pasto miel, afelpado y fragante, o el borbotar de las vertientes o el canto de los esteros, sonoras arterias de la tierra austral. Ya no se asustaba, al desgranarse en notas estrepitosas el reír de los chucaos, si su cabezota ruda rompía el espejo del manantial.

Era de mansa condición el viejo toro Pampa. Suave, dócil, amoroso. Un verdadero señorón de la aristo-

crática manada. En su larga vida, ocho años, casi no tuvo incidentes.

Un novillo del rebaño, aplastado por un palo seco en una nortada o el buey golondrina que, al llegar la primavera, penetró al potrero. Lo rodearon curiosas, las vacas y vaquillonas y el buey, engañado por la primavera, casi tuvo arrestos de macho, pero el Pampa, bramando de ira, correteó al intruso y el enorme buey saltó la cerca y desapareció entre los árboles.

LA POSESION

Un largo bramido, de ronca entonación, cabalgó en las ondas del aire y tuvo extraños ecos en el valle y en los rincones de la selva. Levantaron sus cabezas las vacas, en calmada actitud de sumisión; pero los novillos y las vaquillonas, presas de irrefrenable temor, corrieron por el potrero a grandes saltos, enarcadas las tiesas colas.

El toro comenzó su descenso hacia el valle. Sus pezuñas resbalaban en el lodo rojizo, trazando una larga huella bipartida. Un mugido cavernoso, jadeante, iba marcando su paso por entre los animales asustados. Se hundían pesadamente sus patas en la grama densa y pequeñas langostas verdes claras, partículas animadas de pasto, saltaban en todas direcciones. Y de los pastos, madurados por los primeros soles, se desprendía un aroma áspero, reconfortante.

No asustó la cólera del toro a las vacas viejas. Se-

guían llenando, pegadas al pasto, sus panzas insaciab-
bles. Ese despliegue teatral de fuerzas, no era para
ellas, lo sabían. Allí estaban las vaquillonas, las va-
cas futuras, de juguetonas cabezas juveniles. Y los no-
villos, no lejanos rivales del viejo toro.

Pero la furia del Pampa pareció apaciguarse, al
rozar sus poderosos músculos con las hembras del re-
baño. Traía consigo la vida y la manada entera obe-
decía al misterioso mandato.

Su mugido era, ahora, casi tierno; sin embargo, por
las grandes narices salía ruidosamente el aire. No de-
tenía su marcha. Algo que bullía dentro de sí mismo lo
empujaba a caminar, a exteriorizar su potente anhelo
de vivir.

De pronto, se paró. Su alentar jadeante se detuvo.
Sus grandes ojos, al caer sobre el cuerpo reluciente de
una vaquillona, se llenaron de luz y la hembra cabe-
ceó en un gracioso movimiento de sus cuernos, apenas
apuntados. Un relámpago de seda roja semejó el estre-
mecimiento de su cuerpo. La cola batía inquieta sus
ancas aterciopeladas. No le huyó al toro. Se adhirió,
como si buscara protección, a su enorme cuerpo. Y un
instante, los finos pitones de la vaquilla con suave clic
clic, chocaron con las astas negras del toro.

Paternalmente, la lengua rosada del macho alisaba
la piel de la hembra, obscureciéndola con su baba es-
pesa. La testa ancha del toro se iba corriendo hacia
las ancas de la vaquilla y de improviso, la alzó hacia
el cielo claro, hirviente de átomos luminosos. Se abrie-

ron las gruesas ventanillas en un amplia aspiración de gozo, mientras los belfos húmedos mostraron un segundo la amarilla y enorme dentadura.

Clavada reciamente en la tierra, con sus cuatro remos esparrancados, se inmovilizó la vaquilla, paralizada por un repentino síncope. Levantó, entonces, el toro sus patas delanteras, como si fuera a trepar una cerca invisible. Con soltura de manos impacientes apriaron los flancos de la hembra. Fué un músculo gigantesco el cuerpo del toro, al doblarse y empujar hacia adelante con ciego arranque. Cruelmente penetró la vida en la carne virgen. Se torció en dolorosa mueca el hocico de la vaquilla; pero las patas, enraizadas en la grama, recibieron el peso del macho. Inmóviles, vibrantes, permanecieron algunos segundos.

El toro se deslizó, por fin, sobre la tierra. La vaquilla no se movió, curvado el lomo, en mudo anondamiento.

Por los corvejones corría la sangre gruesa e iba a manchar con rojos lunares el verde gay del pasto.

Un novillo, fiero los ojos, la testa gacha, estuvo largo rato en actitud de ataque. En acompasada rumia, el Pampa viejo, tranquilizado, mascaba ahora el jugoso pasto miel.

EL TORO INDIANO

Rápidamente la primavera se adueñó de la selva. Pequeñas alas obscuras eran las hojas nuevas de los

coigües y las de los raulíes y robles, puñados de cascabeles en los dedos del viento.

En lo alto de los palos secos zumbaban las colmenas y en la invisible corriente del viento sur rodaban los moscardones, como semillas oscuras.

Bajo la sonoridad elástica de los ramajes se arrullaban las torcazas y charloteaban, sin término los choroyes. Huíos y chirres trinaban incansables y atraídos por el alegre festival, los peucos y aguiluchos cruzaban sus vuelos de caza, por encima de las movibles masas de follajes.

Pero el bramido del toro apagaba el suave rumor del bosque. Su potente virilidad tenía algo del ciego correr de las aguas y de la fuerza invisible de los vientos, hijos de la nieve.

Una mañana, a su bramido omnipotente, respondió otro, gutural salvaje. Colérica sorpresa llameó en los redondos ojos del toro. Una masa oscura, encolerizada e impaciente, se desplazaba tras las rendijas de las cercas de palo a pique. Hacia ella se acercó el Pampa. Escarbó la tierra, aplastando la grama húmeda. Pellas de barro, mezcladas de hierba, se pegaban a los duros palos. Greda reseca, bramidos feroces, le respondían del otro lado. Se buscaban, a través de los huecos de los troncos, mezclaban sus bufidos de rabia y en las duras cortezas, golpeaban sus cornamentas con seco cliqueteo.

Corrían las vaquillas, exitadas por esta ruidosa fu-

ria de los machos y los novillos ensayaban peleas, entrechocando sus recientes astas.

Cayó un chubasco repentino. Gasas de lluvia amortajaron el paisaje. Era como una vuelta del invierno en fuga.

El rebaño se refugió, una vez más, en el bosque, bajo toldos de quilas y de follajes nuevos.

Cantaba el agua, desatada y reidora por los altibajos del quebrado terreno, se aquietaban unos instantes en los hoyos para volver, de nuevo, a precipitarse en el tajo del estero.

No persistió la cortina de nieblas. Se rasgaron los ágiles cendales blanquecinos y el sol, como un arriero tenaz, castigó con su látigo de rayos, los árboles empapados, el terciopelo del pasto y las alas de los pájaros.

Tan liviano, tan sensible se hizo el aire que los sonidos más leves, trinos de pájaros, deslizarse de gotas entre las ramas, daban saltos acrobáticos, en fuga de sonidos, por los claros de la selva.

Volvieron el rebaño y el toro al pastizal. Nuevamente el Pampa tomó posesión, entre bramidos, de las vacas y del pasto; pero se detuvo de improviso, aplacada su cólera por la sorpresa.

De nuevo el toro lo observaba desde la colina. Unos largos cuernos salían del enorme morillo peludo. El lomo anguloso era una sola mancha amarillenta y franjas de un negro desteñido obscurecían los flancos.

Unos segundos se miraron, sin moverse. Brusca-mente disminuyeron las distancias. El Pampa avanzó

hacia la loma y el toro indiano bajó hacia el potrero. Volvieron a detenerse. Escarbaron la tierra, arrojando pedruzcos y pelotones de barro, bramaron enfurecidos y se arremetieron de improviso hasta chocar con recio golpe las frentes poderosas. Se inmovilizaron, como midiendo sus fuerzas, gachas las cabezas y colgantes las lenguas, brillosas de baba espesa.

Se habían hinchado, en duro relieve, los músculos del cuello y las patas parecían incrustadas en la tierra.

El toro Pampa, más grande y más fuerte, iba ganando terreno, poco a poco. El toro criollo, de grueso testuz y cuerpo exigüo, retrocedía resbalando en el pasto. Se apartaron inesperadamente, caminando en direcciones contrarias.

Sólo las vaquillas y novillos se habían dado cuenta de la pelea. Se aproximaban curiosos y huían, dando cómicas corvetas, retorcidas las colas sobre las ancas, en un gesto que podía lo mismo significar la alegría o el miedo.

Pero el toro Pampa no estaba satisfecho. Cada cierto tiempo levantaba la cabeza del pasto y su bramido cavernoso era la señal de su protesta.

El toro indiano no respondía a estas señales de furia combativa. Voraz, incansable, llenaba su panza, no acostumbrada al regalo del pasto miel o del trébol blanco.

La lucha volvió a comenzar al otro día. El toro intruso perseguía tenazmente a una vaca y el Pampa, airado, fué en defensa de la hembra de su manada.

El choque no se prolongó mucho esta vez. Las frentes machucadas por los golpes sangraban incesantes y los toros se apartaron de nuevo. La tregua era una concesión para el toro criollo. Compartió, desde ese día, alimento y hembra con el viejo toro Pampa.

El cuerpo del toro indiano, no mayor que el de un novillo de dos años, poseía una agilidad pasmosa de movimientos y el extraordinario testuz, armado de dos largos cuernos, le daba una evidente ventaja sobre el cuadrado toro Hereford; pero éste era de superior alzada y vigorosa potencia muscular. Preponderaba en el medirse normal de las fuerzas. El toro indiano tenía una astuta psicología de acomodación, la misma de los indios y de los colonos, desposeídos por los madereros y ganaderos. Parecía evitar la lucha decisiva. Estaba contento con la parte de pasto y de hembra que la suerte le proporcionó en ese instante. Mutualidad elemental que impuso el ladrón y el robado aceptó tácitamente.

Pero el Pampa, viejo señor del rebaño, no se resignaba. Sangrante y dolorido, volvió al ataque, una y otra vez, dispuesto a reconquistar el dominio absoluto sobre el potrero y sobre la manada.

LA MUERTE DEL PAMPA VIEJO

Ya madura la primavera, el volcán Collanco era una puntiaguda península en el claro océano del cielo

y sus planchones de nieve, nubes y espumas cuajadas milagrosamente.

La tibieza primaveral no sólo barnizó follajes y alas de pájaros, sino que puso su lustre fulgurante en el pelo de las vacas y novillos.

Una mañana, pelearon los toros por última vez. En el extremo del potrero, donde persistía un trozo de selva virgen. En la poza negruzca aun estaba presente el invierno. Troncos podridos se deshacían en el fango espeso.

El toro indiano tocaba ya con sus pezuñas el borde del lodazal. No le quedaba más defensa que huir hacia la selva, siguiendo la orilla del cercado, pero un ágil esguince de su corto cuerpo, cambió súbitamente la suerte de la pelea.

El toro Pampa, enceguecido y torpe, se hundió hasta los corvejones en el barro. Fué inútil su esfuerzo por librarse de esa trampa de lodo y palos podridos que lo sujetaban con invisibles tentáculos. Y su enemigo aprovechó insidiosamente el triunfo. Los afilados cuernos penetraron como puñales en la suelta carne de los encuentros. La sangre afloró en gruesos borbotones a la superficie. La vida empezó a salir en ruidosos resoplidos, por el hocico y en cuajarones rojos por las heridas diminutas. Las patas delanteras, que mantenían al toro en la orilla del lodazal, se doblaron inertes y la masa del Pampa comenzó a hundirse en la poza. Sin fuerza, se deslizó la lengua por los belfos desan-

grados y los ojos redondos, pequeños espejos del paisaje, se llenaron de sombra negra.

En actitud de ataque, gacha la cabeza, los cuernos ensangrentados, el toro indiano parecía embestir a la muerte.

EL FUNEBRE DESFILE DEL REBAÑO

Se desangró lentamente el viejo toro. Las podridas maderas y las torcidas raíces de los troncos, se tiñeron con el abundante fluir de la sangre.

Cantaba la primavera en el ruinoso mediodía. En la copa de los robles chirriaban los chirres diminutos, mariposas del reino de los pájaros. El huio enhebraba trinos y los chucaos, más indisciplinados, los desparramaban por todos los rincones de la selva.

En la felpa del pasto, las bandurrias hurgaban con sus largos picos y al menor ruido, tocando sus cornetas unifónicas, abrían el abanico blanquinegro de las alas.

Fué una vaca la primera que olfateó la sangre y se acercó, curiosa, al lodazal donde se podría el toro.

Un bufido de espanto dilató sus narices oscuras, mientras retrocedía del borde de la poza, la cola en arco y recogido el tronco en una extraña contracción. Tap, tap, tap, tap, las blandas boñigas golpearon el suelo.

Un ronco bramido de alarma llenó la oquedad del valle, y las vacas, novillos y vaquillas, tranqueando

ágilmente, se acercaban a la orilla de la poza, enarcan la cola e iniciaban los bramidos, discordes y elementales. Era a modo de una fúnebre ceremonia animal, instintiva y trágica que, por un instante, prestaban alma a esos cuerpos macizos y a esas cabezas de chato e inexpresivo frontal.

JOTES Y PERROS

Enjambres de moscas ávidas pegábanse al hinchado vientre del toro y a los viscosos líquidos que manaban los ojos y la lengua, ya casi deshecha.

Ya empezaba, sobre el bosque, en el aire azul, el vuelo circular de los jotes. En un rápido golpe de alas atravesaron los claros de follaje y se posaron en los palos secos. La peluda cabeza, hundida en el negro globo de las plumas, giraban en todas direcciones, atraídas siempre por la carroña mal oliente del toro; pero no descendieron de las ramas.

Llegaban del interior de la selva, de las hijuelas de mapuches y colonos, los perros de los ranchos, hambreados y gruñidores. Perros de los pelajes más dispares: overos, barcinos, pardos, bayos y lagarteados.

Se mostraban, coléricos, los blancos colmillos, sin atacarse. Uno, más audaz, clavó sus dientes en el duro cuero. Una larga herida, expulsó espeso jugo descompuesto. Y luego, fué un festín de cartílagos azulosos y trozos de carne rojiza, veteados de grasas amarillas. Gruñidos y tarascones, bulliciosa algarabía que con-

templaban impasibles los jotes, enfilados sobre las ramas de los árboles, en paciente espera de los despojos que los perros les dejaron.

Ahíto, los perros se tendieron en la cercanía de la carroña, como defendiéndola hasta el último instante del día. Abrían los ojos al menor ruido de alas sobre sus cabezas. Los jotes se impacientaban, pasaban de un árbol a otro, volaban sobre los perros, rozando las abiertas carnes del toro Pampa para volver de nuevo a los palos, de donde salieron.

Un perro criollo, de ancha cabeza, el hocico lleno de sangre oscura, aullaba, con pequeños aullidos entrecortados, a los jotes que movían sus cabezas rojas o emprendían repentinamente el vuelo potente, agitando con sus rémiges el aire de la selva.

Pero los perros, era su destino, volverían a los ranchos, a tenderse junto a la hoguera de hualles, al lado de sus amos y entonces los jotes, dueños de la carroña, engullirían ojos y lenguas, carnes y grasas hasta que el esqueleto blanqueara en el fondo sombrío del lodazal.

LOS CAMPEROS

Al día siguiente, el campero, encargado de la hacienda, recorrió los potreros en compañía de su hijo.

Era un viejo ocupante de la selva de Collanco, convertido en inquilino de la misma hijuela de que fué dueño.

Llegaron al centro del pastizal, orillando la margen norte del estero, frente al bosque.

Al sentir la aproximación de los jinetes, las vacas, novillos y vaquillas, en pequeños grupos, se desplazaban en sentido contrario.

Las iban contando, una y otra vez, con la certeza pupila de los campanitos de la selva. El muchacho sintió, de improviso, el olor del cadáver. Se paró en los estribos y aspiró largamente el aire.

—Puchas, paire, es un animal muerto, exclamó alarmado.

El padre se limitó a señalar el vuelo bajo de los jotes, casi a ras del suelo, en el extremo del potrero.

—¡Allí tá la zalagarda de jotes!

Cruzaron el potrero y se acercaron al lodazal.

Los jotes volaban pesadamente, a grandes saltos cómicos, con agudo zumbido de alas. Alcanzaron a advertir el sinuoso deslizarse de los perros entre los claros del bosque.

Las costillas asomaban su paralelo varillaje, a través de la piel, flácida y ennegrecida por el barro. Los ojos del toro eran ya dos agujeros oscuros.

—¡Si'es el Pampa viejo! ¡Esta sí qu'estuvo mala! dijo el viejo, asombrado y temeroso.

Y el muchacho, interpretando al padre, agregó:

—¡La rocha del gringo es segura! ¡Con lo que quería al toro!

Desmontaron para inspeccionar de cerca las causas de la muerte. Suponían que el toro había caído en la

poza y se había ahogado; pero el muchacho observó los agujeros redondos, hechos por los cuernos del toro indiano en la masa blanda de los encuentros.

—¡No se enucó ná, paire! ¡Estos son hoyos de cachol! ¡Pelea ha síol!

—¿Pero con qué toro habrá peliao? preguntó el campero. Si los novillos tienen unos cachitos así, no más.

Acercaba el índice y el pulgar de su mano negra, indicando el tamaño de las astas de los novillos.

—Y el Pampa nuevo está requete lejos, ayudó el muchacho.

Decidieron recorrer las cercas y buscar rastros. A los pocos metros, se detuvieron asombrados.

Un manchón obscuro, coronado de altos cuernos, se destacaba entre las vacas y vaquillonas rojiblancas.

—¡Pero si'es el Coliguacho de Antinao!, exclamó el viejo, iluminados de sorpresa maliciosa los pardos ojos.

La misma que chispeaba en las pupilas pardas del muchacho.

Largo rato miraron la febril actitud de sus ancas puntiagudas y su testa montaraz que empujaba novillos y vaquillas y alzaba, orgullosos, sus cuernos dominadores.

Se acomodó el viejo en su poncho frisudo con un involuntario gesto de molestia:

—¡Puchas las crías que van a salir!, dijo únicamente.

El muchacho se adelantó, clavando las espuelas a su caballo. Observó manchas rojas en los cuernos del toro. Se volvió hacia su padre y explicó:

—El Pampa se empantanó en la poza y ey se lo mamó el Coliguacho.

El viejo asintió.

—Así no más fué.

El rebaño se diseminó en el ancho potrero y aislado, en un extremo, la cabeza aspuda, vuelta amenazadoramente hacia los jinetes, el toro indiano parecía protegerlo.

Los camperos lo observaban, risueños y apesarados al mismo tiempo. Una inexplicable satisfacción les producía la aventura del toro indiano. Era la revancha de la tierra bravía contra el dominio extraño, simbolizado en el viejo toro Pampa.

Reaccionó, por fin el viejo:

—¡Hay que echarlo del potrero!

Avanzaron unos metros para cortarlo del piño. Cabeceó airado, moviendo sus desmesurados cuernos y de improviso corrió rápidamente, como si comprendiera, hacia la cerca, salvando en ágiles saltos troncos y acequias.

El viejo comprendió repentinamente:

—¡Pu'allí se metió el indino!

Y el muchacho comentó:

—¡Y son tan saltonazos estos toros indianos!

La masa roja del rebaño se había cohesionado y se alejaba hacia la selva.

Fruncido el ceño, lo miraba el viejo campero. Su mirar se reflejó en estas palabras:

—¡Cuántas habrá agarrado el indino!

Comprendió el muchacho la observación paternal:

—¡Pocas si'habrán librao! ¡Son tan castizos estos toros indianos!

El lento caminar de las rojas vacas Hereford, orillando troncos caídos y tocones carbonizados, los hacía pensar en la no muy lejana época de la parición y en la cantidad de terneros coliguachos, de largos cuernos, que aparecerían en el potrero, a la zaga de las madres. Se alegraban y lo sentían, al mismo tiempo. Se regocijaban interiormente al pensar en la furia del gringo el que les había quitado su hijuela, pero sabían apreciar la calidad de los animales de raza, minas de oro en la conquista del sur de Chile.

Arrinconaron al toro en un extremo del potrero, pero el viejo volvió grupas y dijo:

—Ejémoslo, ey, no más. Si mañana el indio Antinao no lu'ha venío a buscar, le corrimos bala.

Brillaron los ojos pardos del muchacho. Cogió al vuelo la torva idea del padre.

—Así el gringo nos rocha menos, porque le tenemos el cuero del Coliguacho, aclaró el padre.

—¡Son tan saltonazas estas bestias indianas!, remató el muchacho, plena de risa la ancha boca adolescente.

Atravesaron el potrero, en busca de la tranquera, hacia la falda de la colina.